CAPÍTULO XI

Península maya. — Teocracia de los Zamná. — Desarrollo de la civilización. — Izamal. — Pirámide de Yzamat-ul. — Templo de Kab-ul. — Templo de Kinich-Kakmó. — Palacio de Ppapp-Holl-Chac. — Ciudadela de Hunpictok. — Tihóo. — El palacio. — Progresos arquitectónicos. — El estuco. — La pilastra y la columna. — Ruinas de Aké. — Galería de pilares ciclópeos. — Pilastras esculpidas de Chichén. — Casa de las tinieblas. — Columnatas de Chichén — Columnas de Kewick. — Ruinas de Tolóom. — Gran palacio de Zayi. — Pedestal y fuste de Chichén — La bóveda. — El arco. — Salones abovedados de Uxmal y de Kabáh. — Arco triunfal. — Comparaciones con otros pueblos. — El principio de la bóveda en el Ohio. — Pórtico de Labnáh — Conocimiento de la arquitectura y de las ciencias y artes, sus auxiliares. — Estado de civilización que manifiesta. — Comparación con los nahoas. — La torre. — El caracol de Chichén. — Ornamentación. — Los palacios de Kabáh. — Extensión de la civilización maya. — Monolito de Quirigua. — La escultura. — Copán. — La fortaleza — Resumen de los datos adquiridos sobre la civilización maya. — Escultura ornamental. — Tipo escultural de la raza — Estatuaria. — Monolitos de alto relieve — Los trajes. — El calzado. — Vestido sacerdotal. — Altares. — Resumen.

La unidad de idioma en la península maya es un dato de mucho valor para comprender que allí se constituyó una nacionalidad. Su posición geográfica está perfectamente determinada, supuesto que es una península rodeada por el mar, y que fija su límite, al sudoeste, el Usumacinta. Estos límites precisos y naturales debieron favorecer un desarrollo propio y característico. Este aislamiento relativo hubo necesariamente de producir la concentración de ideas é intereses de sus pobladores, y muy pronto para ellos tuvo que ser esa tierra la patria, resultando por consecuencia precisa la rápida formación de una nacionalidad propia.

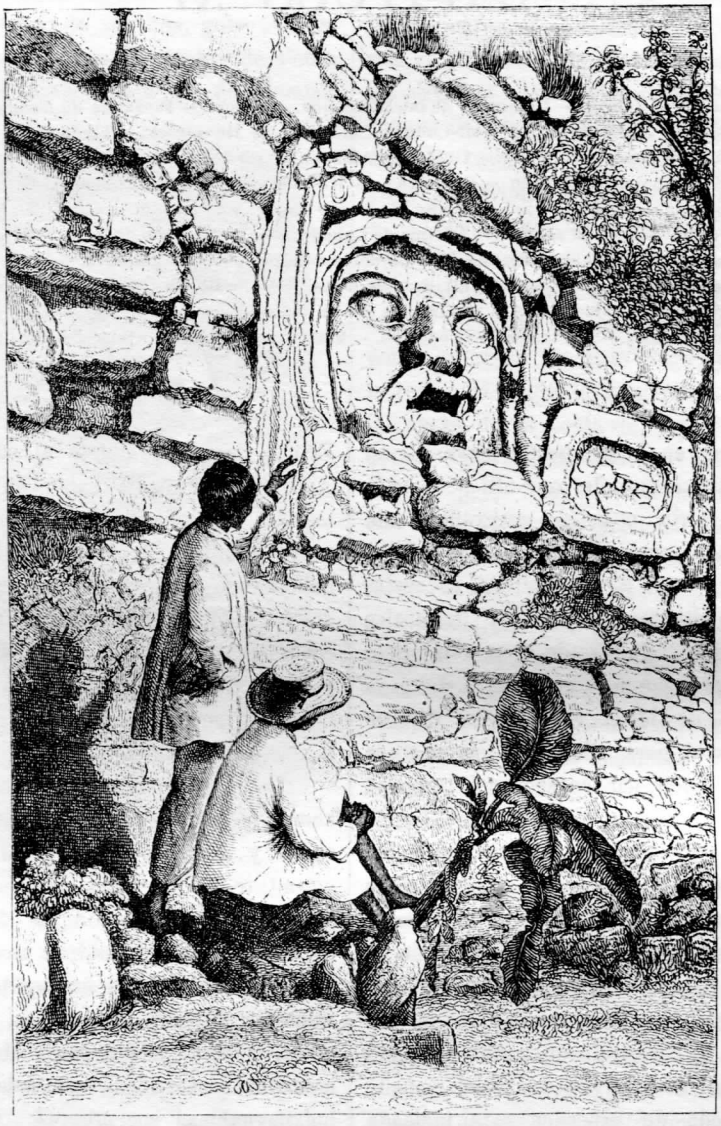
La civilización de los mayas comenzó por los *terramares,* de que quedan huellas claras en las ruinas de sus marismas y sus costas. Avanzando en el interior de las tierras, fueron ocupándolas y constituyéndose en un pueblo agricultor. A poco debieron levantar sus pirámides, templos y fortalezas á la vez; agrupar sus chozas cerca de ellas, y constituir su primera ciudad bajo el poder teocrático, no lejos de la costa en que habían vivido. Este modo de proceder está indicado por las lecciones de desarrollo social de la raza que nos ha dado la región de los *mounds.* Y esto fué lo que sucedió: llamóse la ciudad Izamal, y el jefe sacerdote Zamná. Ocupado sucesivamente el territorio, fueron levantándose más y más ciudades, siempre bajo el mismo principio religioso, hasta constituir una nación; pues las tradiciones no nos conservan más que un gobierno, el de Zamná, nombre genérico de los sacerdotes que se sucedían en el poder. Aquí, como en la región de los *mounds*, el poder guerrero fué tomando incremento, según lo manifiestan las ruinas de sus poderosas fortificaciones; pero en la dilatada época del gobierno de los Zamná siempre se sujetó al mando del poder teocrático. Aquí también debió haber un pueblo siervo que levantase los prodigiosos monumentos mayas. La organización social primitiva se percibe distintamente: los sacerdotes gobernando; la casta guerrera sosteniendo su gobierno, defendiendo la nacionalidad y extendiéndola por la conquista, y el pueblo siervo trabajando como agricultor y como industrial; sirviendo de lazos de unión el fanatismo por sus dioses y un culto suntuoso que llenaba la imaginación de aquella raza tropical.

Bajo dos puntos de vista hemos estudiado hasta ahora la raza; por sus construcciones y por el poder social y guerrero que revelan. Pero aquí vamos á encontrar ya un gran progreso: las construcciones de piedra sustituyéndose á las de tierra, y los palacios admirablemente labrados ocupando el lugar de las antiguas habitaciones de arcilla y madera. Nace naturalmente entonces la escultura en piedra; el ídolo toma forma y se le adora como dios. Al mismo tiempo las ciudades se fortifican con más perfección y se las hace inexpugnables.

Mas este adelanto no podía alcanzarse de una sola vez, sino por progresos sucesivos: así nos lo indican las ruinas que quedan de la vieja ciudad de Izamal. Y fué, sin embargo, una gran metrópoli, que muestra hasta dónde se desarrolló el poder teocrático de los mayas. Eran, según el obispo Landa, de once á doce las pirámides de la ciudad, de piedra, cubiertas de argamasa y con grandes estatuas hechas de la misma manera. Servíanles para base de los templos de sus dioses y de los palacios de sus señores, pues ellos dice el obispo que usaban casas de madera cubiertas de paja. No quedan restos de los palacios, pero sí de cinco de las pirámides,

y en una de ellas la cara gigantesca de Zamná, que ya hemos mencionado. Allí se ve que la construcción está hecha con grandes piedras; pero que no están labradas á escuadra, sino que necesitaban de la argamasa para formar una superficie pulida. De argamasa eran también las estatuas que había en los bastiones de las pirámides, de hombres desnudos, cubiertos únicamente con el *ex* ó *maxtli* y adornados con las insignias de su raza. Vemos en esto ya un adelanto en el uso de la piedra; pero todavía necesita de la argamasa y no alcanza aún la perfección del labrado.

Esta pirámide estaba dedicada á Zamná, el primer jefe sacerdote de la raza, á quien habían deificado. Llamábanle también *Ytzamat-ul*, que quiere decir: el que



Izamal. — Cara de Zamná

recibe y posee la gracia ó rocío del cielo. Cuenta la tradición que cuando se le preguntaba su nombre sólo contestaba estas palabras: *Ytzeen caan, ytzeen muyal*, esto es: «Yo soy el rocío ó sustancia del cielo y nubes.» Se decía de él que en vida era un oráculo y que de los pueblos más remotos venían á consultarle, pues gozaba del don de profecía. Asimismo curaba á los enfermos que de muy lejos le llevaban, y resucitaba á los muertos. Al hacer de él un dios los sacerdotes, verdaderamente habían deificado al sacerdocio, y se comprende entonces la larguísima duración de ese imperio teocrático y su extensión por toda la península. El sacerdote rey que llevaba siempre, como de costumbre, el nombre del dios Zamná, era su representación viva y sagrado como él. Así es que decían de Zamná que era hijo de dioses y que él había puesto nombres á todas las costas, puertos, montes y lugares.

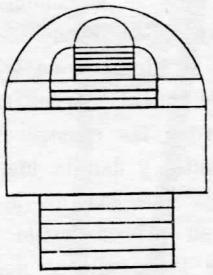
Esta primera pirámide de que vamos tratando, está ya muy arruinada, y tiene aproximadamente doscientos piés de largo por treinta de altura. Se descu-

bren todavía en algunas partes sus grandes adornos de argamasa ó estuco, entre los cuales está la cabeza gigantesca: ésta tiene siete piés y ocho pulgadas de alto por siete piés de ancho.

No falta quien crea que estas pirámides eran grandes sepulcros, y que en ellas estaban repartidos y enterrados los restos del Zamná. Sin tener en cuenta la parte de leyenda sobre su existencia, ó el que sea una representación mítica de la raza, basta decir que esas grandes construcciones servían para defensa y de base á templos y palacios.

Otra gran pirámide sostenía un templo dedicado á *Kab-ul*, que es el mismo dios Zamná, según los cronistas. Había en él una gran mano que les servía de memoria; y contaban que allí le llevaban los muertos y enfermos, para que tocándolos con la mano resucitasen ó sanasen: y por eso se llamaba al dios *Kab-ul*, que significa *mano obradora*. Era templo tan venerado en toda la región del sur, que hacían á él romerías de todas partes para llevarle grandes presentes al dios; y tanto concurso de gente iba, que formaron para llegar á él cuatro grandes calzadas á los cuatro vientos, las cuales pasaban las fronteras y entraban en los países vecinos.

El obispo Landa vió todavía en pié y entero este gran monumento, é hizo un dibujo de su planta. Decía



Plano de la pirámide de Kabul

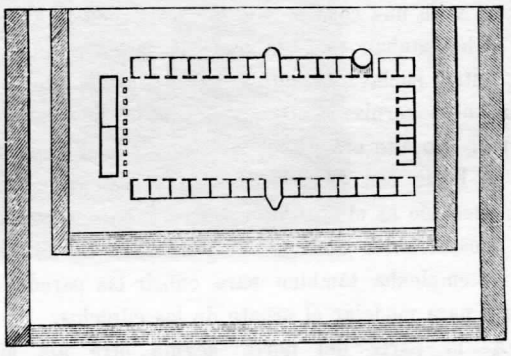
Landa que era de tanta altura, que sólo el verlo ponía espanto en el ánimo. Tenía una escalera con veinte gradas, de más de cien piés de ancho y de más de dos buenos palmos de alto cada una. Las gradas eran de grandes piedras labradas. La pared del monumento á la redonda era también de cantería perfectamente labrada, á la cual salía como á estado y medio de alto una hermosa cornisa de piedras muy pulidas. Este primer cuerpo formaba en su parte superior la primera plataforma de la pirámide; había un segundo cuerpo y una segunda plataforma bastante menor que la primera; después un tercer cuerpo bien alto con su escalera al sur, donde caían las escaleras grandes; y al fin un hermoso templo de cantería bien labrada. Era tan grande el edificio, que cuenta Landa que subió á lo más alto del templo, y desde allí vió á maravilla toda la tierra hasta donde la vista alcanzaba, y el mar que está á ocho leguas.

En este monumento observamos ya un nuevo y gran progreso en la construcción: el uso de piedras labradas. Y no se extrañe que esas hermosas piedras hayan desaparecido, pues fué costumbre construir las nuevas ciudades españolas con los materiales de los viejos templos indios. Todavía hoy no es raro en la misma ciudad de México encontrar por dintel de una puerta ó en los bordes de los embanquetados de las calles alguna antigua piedra con jeroglíficos.

La primera pirámide estaba al oriente de la ciudad, la segunda al poniente, y había al norte una tercera dedicada al dios *Kinich-kakmó*, deidad que pertenece ya á la invasión nahoa. Este ídolo estaba en un templo sobre la pirámide, que era la más alta que se conservaba en tiempo del padre Lizana. Stephens dice que es la mayor de la región del sur, y que tal como hoy se encuentra tiene setecientos piés de largo por sesenta de altura.

Había una cuarta y muy grande pirámide, llamada *Ppapp-Hol-Chac*, que significa *casa de los jefes y señores*, donde vivían los sacerdotes de los dioses; y eran tan venerados, que ellos eran los señores, y los que castigaban y premiaban y á quienes obedecían con gran extremo; y lo que ellos decían ó mandaban lo creía y obedecía el pueblo como si hubiera sido dicho ó mandado por el dios mismo. Se puede calcular de su tamaño y gran espacio por lo que de ella resta: dos hileras de escalones de piedra conducen á su plataforma, que no tiene menos de doscientos piés por lado. Basta decir que en ella se levantó la iglesia y convento de San Francisco.

Había otra gran pirámide entre el sur y el poniente llamada *Hunpictok*, que quiere decir *jefe guerrero que tiene un ejército de ocho mil pedernales*. El oficio de éste era muy principal, y servía para sujetar y obligar al pueblo á sustentar el culto de los dioses y á los



Plano del palacio de Tihóo

sacerdotes, y para defensa de la nación y guarda de sus templos. Era en realidad el *Hunpictok* el jefe de la casta guerrera, y se ve que ésta estaba sujeta al poder teocrático. Sobre esa pirámide se levantaba el palacio del jefe guerrero y la fortaleza que constituía la ciuda-

dela de Izamal. Pues todavía sabemos de otra pirámide llamada *Habuc*, cuya extensión se comprenderá con sólo decir que en ella se fundó un barrio llamado Santa María.

Desgraciadamente no quedan restos de los palacios; pero á trece leguas de Izamal, y como ella también á ocho del mar, estaba la ciudad de Tihóo, que se le unía por una gran calzada, y se conserva la descripción de uno de sus edificios principales. Era ciudad tan antigua como Izamal, tanto que no se conservaba la memoria de sus fundadores; y tan notables sus palacios, que los españoles la poblaron y llamaron Mérida, hoy capital del Yucatán.

Componíase el edificio, primero de un terraplén cuadrado de unas ochocientas varas de largo, con una escalera de siete escalones por el lado del oriente. Los otros tres lados eran de una fuerte pared muy ancha, y todo el macizo era de piedra seca. Dejando á oriente, sur y norte un espacio como de seis varas de ancho, levantábase el segundo piso de la pirámide, también cuadrado y formado de piedra seca, y teniendo también al oriente una amplia escalera de siete escalones de cantería labrada. En esta segunda plataforma estaban los edificios del palacio. Había primero alrededor un espacio como de dos varas de ancho, y frente á la escalera se extendía de un extremo al otro una ala de piedra perfectamente trabajada, con siete celdas á cada lado de doce piés de largo por ocho de ancho: en el centro del ala había una gran puerta ó paso para un extenso patio interior, al cual daban las puertas de los cuartos ó celdas. Las puertas de cada una de estas celdas estaban en medio, sin señal de batientes ni manera de quicios para cerrarse, formadas de piedras muy labradas y perfectamente unidas, cerrando su parte alta una gran piedra de una sola pieza. La gran puerta ó paso de en medio del ala, tenía la forma especial de las bóvedas mayas de que luego hablaremos. De encima de las puertas salía una cornisa á lo largo de toda la ala: sobre ella se levantaban unos pilares, la mitad redondos y la otra mitad enclavados en la pared; estos pilares sostenían otra cornisa á la altura de la bóveda de los cuartos. Lo alto era de terrado encalado y muy fuerte que se hacía con cierta agua de corteza de un árbol. Este encalado es el antiguo estuco del país, del cual se ven considerables restos en gran número de ruinas, que se empleaba también para cubrir las paredes y el suelo y para modelar el ornato de los edificios.

A la parte del norte seguía otra ala aislada haciendo escuadra con la anterior. Se componía de seis cuartos, de la mitad del tamaño de los del ala del oriente. Igual á la entrada que había en medio de ésta, había enfrente otra en el ala del poniente, y cuartos del mismo tamaño. Siete había á la derecha, cuatro á la izquierda y una torre redonda más alta, y aislados de ella otros dos cuartos después. El ala del sur, también aislada, se componía de dos grandes salones de bóveda como las demás piezas, comunicados por dos puertas, y tenía sobre el patio un corredor de diez gruesos pilares cerrados con hermosos monolitos labrados. Encima tenían una pared sobre la cual recargaban los bóvedas, y el techo era un terrado de estuco. El centro de las cuatro alas formaba un gran patio, y detrás del edificio quedaba otro espacio que hacía un segundo patio.

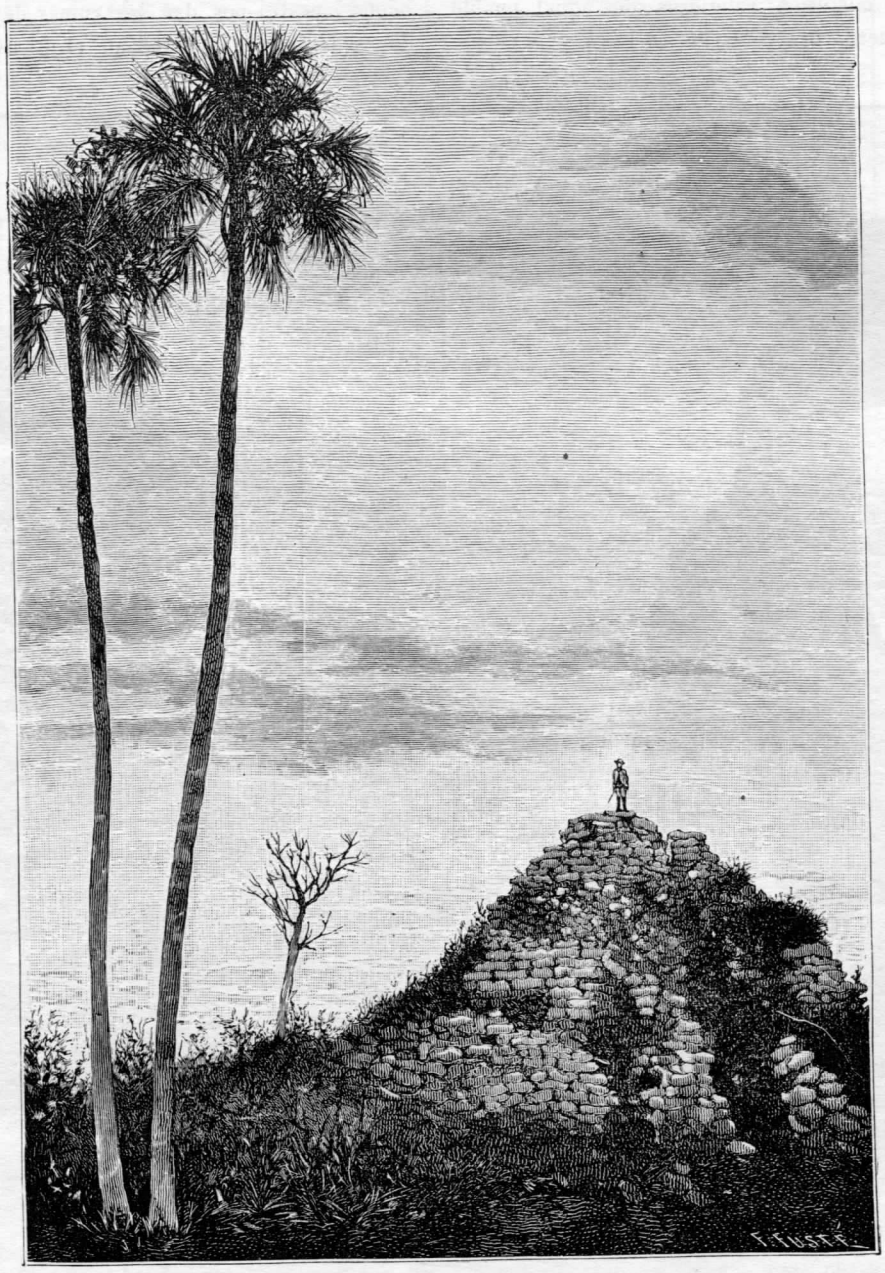
Lástima es que no se conservara palacio tan hermoso; pero dióloá los franciscos el adelantado Montejo, y de su piedra hicieron un monasterio y una iglesia llamada Madre de Dios, y dieron mucha parte de ella á los españoles para construir sus casas.

En este palacio encontramos adelantos arquitectónicos muy importantes: ya no es sólo el uso de la piedra labrada y del estuco, sino la columna, la bóveda, la torre y la ornamentación escultural. Cortadas las comunicaciones con el norte, no pudieron llegar allá esos progresos; y la península maya, constituída en una gran nacionalidad, siguió desarrollándose sin cesar bajo el imperio teocrático de los Zamná.

Comenzando por las columnas y los pilares, nos referiremos indiferentemente á varias de las muchas ciudades arruinadas que materialmente llenan la península. La primera idea de la columna ó pilastra en las construcciones mayas, se encuentra en Aké, ciudad también inmediata al litoral y no lejana de Tihóo. El carácter especial de rudeza y primitiva sencillez de sus restos, que recuerdan las construcciones ciclópeas, la hacen muy interesante, y dan la idea inmediata de que es una de las más antiguas de la región, sin que hubiera perdido su primer estilo por innovaciones posteriores. Desde luego allí se nos presenta el tipo perfecto de la pirámide truncada, que por su misma forma está indicando que fué base de un templo. Así es que desde los tiempos más remotos de la historia de los mayas, tenemos el templo levantado sobre una gran plataforma, como para que se viera á larga distancia y el pueblo agricultor primitivo pudiese adorar al dios desde sus campos, ya implorando su protección cuando hacía la siembra, ya postrándose ante él en acción de gracias cuando levantaba la cosecha.

Encuéntranse ahí algunas pirámides muy grandes; pero la más notable es la que llaman el Palacio. Se sube á ella por una inmensa escalera de ciento treinta y siete piés de ancho, lo que le da una grandeza que acaso no tiene igual en otras ruinas de la península. Cada escalón tiene de fondo cuatro piés cinco pulgadas, y un pié cinco pulgadas de altura. La plataforma de arriba tiene doscientos veinte y cinco piés de largo por cincuenta de anchura. En este gran plano hay treinta y seis pilastras en tres hileras de á doce, separadas diez piés de norte á sur y quince de oriente á poniente.

Estos pilares ciclópeos tienen de quince á diez y seis piés de altura y cuatro piés por lado: están compuestos de grandes piedras separadas de uno á dos piés de grueso, colocadas las unas sobre las otras. Los siglos han pasado sobre ellos dejando en pié y completos á la mayor parte. No habiendo ninguna señal de que los cubriese una construcción de piedra, seguro es que las galerías tenían techo de madera. No puede dudarse de que aquello era un gran templo, uno de los santuarios primeros de la raza. Estando en el norte de la península, su escalera del lado del sur, como la de la gran pirámide de Izamal, indicaba la orgullosa preten-



Pirámide de Aké

sión de esa primera teocracia, de sujetar toda la región á sus dioses y á su sacerdocio. Grandioso nos representamos el espectáculo de aquellos pontífices negros sobre la inmensa pirámide, alzando entre esa salvaje columnata sus cantos al sol, que brotaba á su vista de las olas de turquesa del Golfo, ó fijando sus miradas pensativas hasta perderse en el horizonte de la llanura opuesta, de la que al fin habían de hacer un grande y solo imperio para ellos.

Siglos de progreso debieron transcurrir para pasar de esos pilares informes á las pilastras de Chichén. Consérvanse en un salón que tiene noventa piés ocho pulgadas de largo por doce piés nueve pulgadas de ancho y diez y siete piés de altura. Hay en él dos

pilares cuadrados de nueve piés cuatro pulgadas de alto y un pié diez pulgadas por lado, con figuras esculpidas en todos sus lados, los cuales soportan macizas vigas de zapote también esculpidas con curiosos é intrincados dibujos. Tiene este notable salón de particular, que sólo recibe luz por la puerta, de manera que domina siempre en él una triste oscuridad que hace pensar en los misterios religiosos de aquel pueblo. Y ese salón recuerda una construcción por demás curiosa de Aké. En una de las grandes pirámides hay en la parte superior de la escalera una entrada, por la cual se baja á una sala oscura, de quince piés de largo por diez de ancho, de tosca construcción de piedras, de las que algunas tienen siete piés de largo. La llaman Akabná, casa oscura ó de las tinieblas.

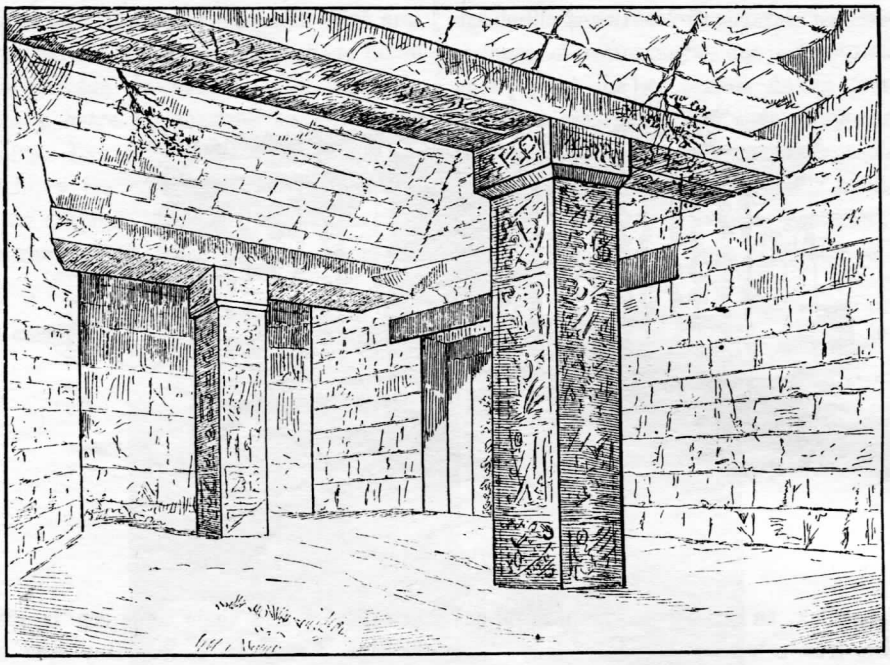
De las columnas y de su gran uso por los mayas, buena muestra nos dan las ruinas de Chichén. Delante de la pirámide que llaman el Castillo, hay un gran

Galería de pilares de Aké

plano cuadrado que cierran las columnatas. Las columnas están en hileras de tres, cuatro y cinco de fondo. Quedan de ellas trozos pequeños de tres á seis piés de altura, y algunas están completamente destruídas. Se extienden hasta unos terraplenes espaciosos en que hay ruinas de edificios y fragmentos colosales de escultura. Permanecen en pié más de cuatrocientas; pero hay señales de que había muchas más. Finjámonos por un momento reconstruídas esas ruinas, veamos en medio de las pirámides con suntuosos palacios esa inmensa plaza rodeada de sus cinco hileras de columnas y bajo su techo á los magistrados haciendo justicia ó en su dilatado patio á un pueblo alborozado bailando las danzas sagradas ó entonando los cantos de la victoria, y no encontraremos mayor grandiosidad en las antiguas ciudades de Asiria ó de Egipto. Esas construcciones representan el trabajo material de muchos millares de hombres y una cifra muy elevada de civilización en el pueblo que las ideó y llevó á cabo.

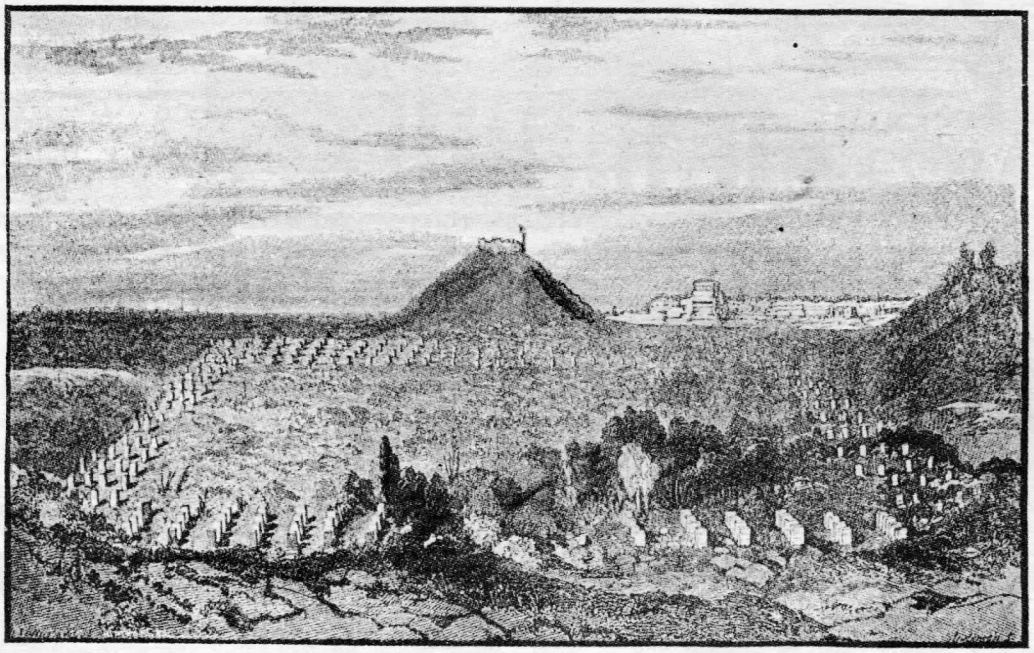
Pero volvamos á las columnas, pues al ver la poca altura de sus restos no ha faltado quien dude de que lo fueran en realidad, no pudiendo por lo mismo expli-

carse su objeto. La diferencia de su misma altura bien manifiesta que han sido destruídas, y lo explica la manera especial conque estaban formadas, por medio de trozos sobrepuestos que Stephens compara á piedras de molino. Desde que escribimos el *Apéndice* á la *Historia de las Indias de la Nueva España* de fray



Salón con pilastras labradas, de Chichén

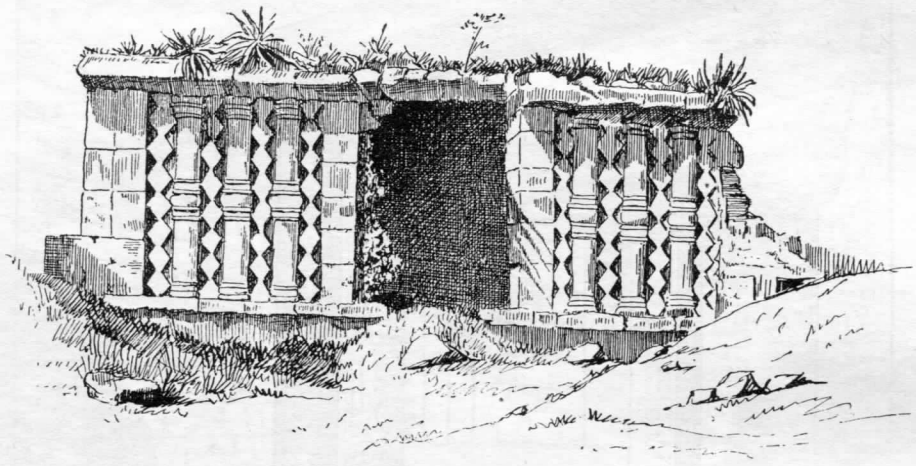
Diego Durán, llamamos la atención sobre el modo particular conque estaban construídas las columnas labradas de la antigua Tóllan, con trozos cilíndricos que encajaban los unos en los otros. Así es que la existencia de trozos semejantes, que según quedan más ó menos en cada columna de Chichén le dan diversa altura, explican



Columnatas de Chichén

que los restos de ese monumento pertenecen á las columnatas que hemos descrito. Los cilindros de piedra de que se componían, fáciles de desprender, eran lo más á propósito para las nuevas construcciones de los españoles, y esto hace comprender la destrucción de tan hermosas galerías.

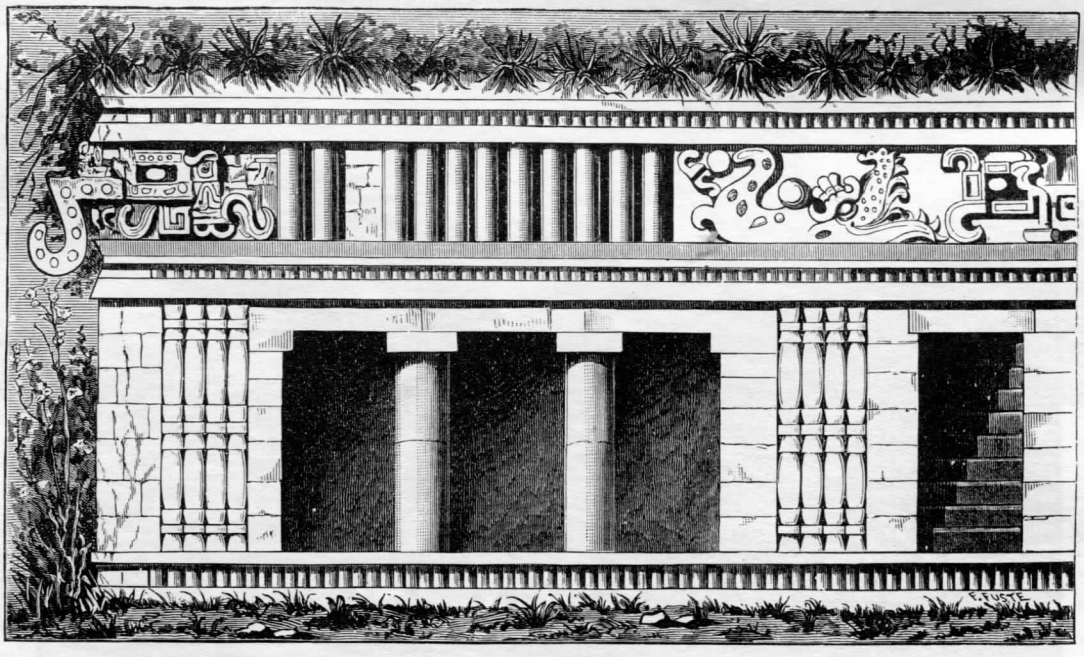
La columna se usaba en las fachadas de los palacios como sostén ó empotrada y sirviendo de adorno. Daba esto un ornato grandioso y verdaderamente estético á aquellos suntuosos edificios y en esas mismas columnas empotradas se perciben claramente los trozos cilíndricos de que se formaban. Encontramos bellos ejemplares en las ruinas de Labnáh, Chunhuhú y Kewick. En nuestro concepto la mejor muestra de estas construcciones es la gran puerta de uno de los edificios de la última ciudad, que es lo único que de su frente queda. Se hace muy



Puerta de Kewick

notable por su sencillez, su estilo y la grandeza de sus proporciones. Son tres columnas por lado entre dos pilastras, separadas aquéllas por hileras de rombos que dan una notable y original gracia al ornato. Cada columna tiene dos cintas de relieve en el centro, una en el capitel y otra abajo, que con la piedra inferior de la fachada forma la base. Hoy que se buscan nuevos estilos podría tener un gran desarrollo la arquitectura si se estudiasen nuestras ruinas.

Aisladas también se encuentran en las fachadas



Palacio de Zayi

columnas y pilastras, unas y otras con chapiteles cuadrados y sencillos y sin base propia. De ambas nos dan muestra las ruinas de Tulóom. Uno de los edificios, compuesto de dos pisos, mide veintisiete piés de largo y diez y nueve de altura. Su parte superior estaba ricamente decorada y conserva aún sobre la cornisa hermosos adornos de estuco. El piso inferior tiene cuatro columnas que forman cinco entradas. En otro de los edificios, que está sobre un terrado de seis piés de altura, que tiene en el centro su correspon-

diente escalera, hay dos pilares en la fachada que hacen tres entradas. En uno de los palacios de Kabáh, á los lados de las tres puertas centrales hay otra mayor dividida por una columna.

Pero juzgamos que el mejor ejemplar en esta materia es el gran palacio de Zayi. La fachada de su segundo piso está formada de macizos con columnas delgadas embutidas y entre los macizos un espacio en dos columnas al aire. Las columnillas empotradas son de un gusto exquisito y las columnas aisladas formadas de dos piedras y un chapitel cuadrado son severas; las cornisas y el arquitrabe semejan en sus labrados trozos de columna y por la corrección de las líneas, lo bien repartido de los espacios y el gusto sencillo y grave que reina en toda la fachada, no dudamos en compararla con las obras arquitectónicas de los griegos. La parte de decorado es de extraño y exquisito gusto, siguiendo siempre el estilo maya, que en esto es á veces recargado; pero que en cambio da un gran carácter á sus construcciones, carácter que responde á una región tropical, á su cielo y á su mar, ambos de turquesa, y á la imaginación tropical de sus habitantes.

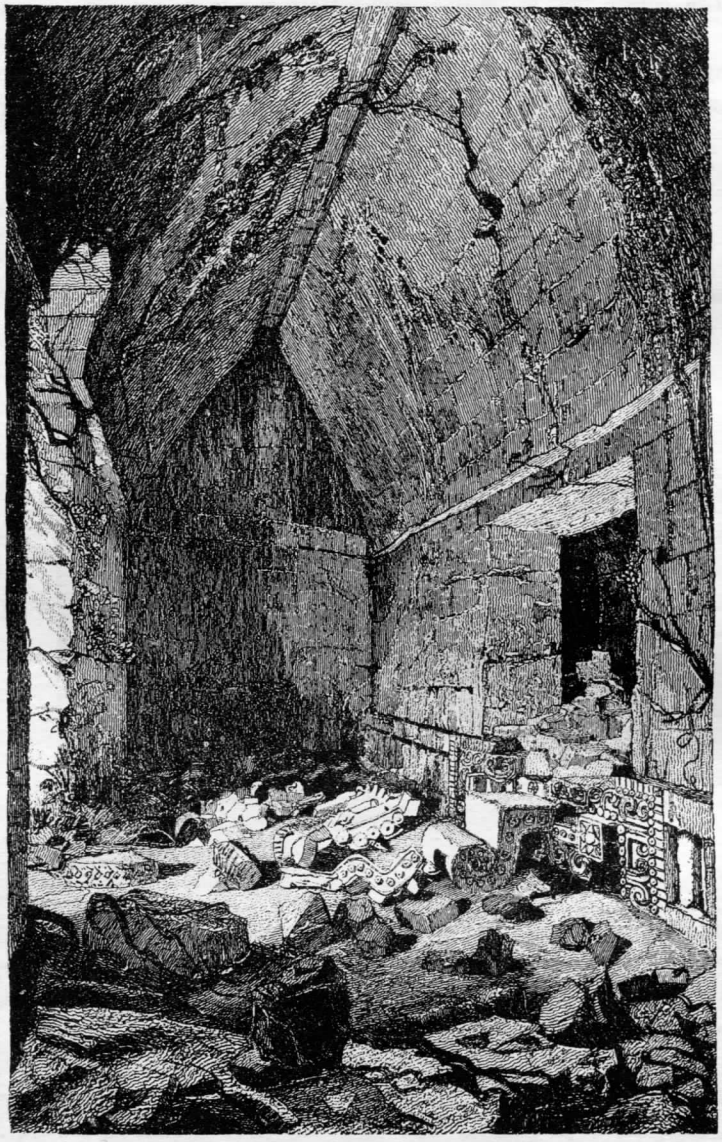
Aun cuando de época posterior, debemos, sin embargo, ocuparnos, para completar la materia, de una

Chichén.—Pedestal y fuste de columna

muy notable columna de Chichén-Itzá. Hasta ahora hemos visto que el carácter de la columna maya consiste en un fuste sencillo y jamás estriado, un chapitel cuadrado y sin adorno y la ausencia de pedestal, pues de él le sirve la misma base de la puerta, fachada ó edificio. Solamente varía la forma y se hace más complicada cuando la columna está empotrada y entra como adorno en la construcción; y entonces son muy delgadas y airosas, de cortes elegantes y se combinan en grupos simétricos. Pero en Chichén se han encontrado últimamente un pedestal y un fuste de los que á la vista tenemos la fotografía y que dan un nuevo estilo á la columna. El pedestal es una cabeza de culebra con la boca abierta mostrando sus dientes, y de ella sale el fuste como si fuese el cuerpo de aquélla. Sería causa de gran sorpresa tal hallazgo si Sahagún no nos hablase de un antiguo templo de Tollantzinco, que vió en ruinas, en el cual había unas columnas en forma de culebras con las cabezas hacia abajo. No sabemos que quede de ese estilo, enteramente típico, más que el pedestal y el fuste de que hemos hablado.

Pero si la columna constituye un gran progreso en la arquitectura, mayor lo es la formación de la bóveda maya. Comencemos por examinar su construcción. Parece que antes que los romanos usaran el arco semicircular, los pueblos antiguos buscaron la manera de cerrar con piedras sus construcciones y que alcanzaron, lo mismo los griegos que los egipcios, á formarlo semejante al que después se llamó gótico. Era que á todos les dictaba su instinto natural que, colocando una piedra sobre otra en dos paredes opuestas, de manera que cada piedra superior se acercase más á la que enfrente le correspondía, era preciso que las dos paredes opuestas llegaran á unirse en la parte superior. Enton-

ces quedaba formado el arco, y si esto se repetía á todo lo largo de dos paredes, resultaba la bóveda. Esto fué lo que hicieron los mayas cuidando de poner sobre las dos piedras superiores, antes de que completamente se unieran, una piedra mayor que las cerrara y que les servía como de clave. Las piedras que formaban la bóveda eran grandes y labradas convenientemente. En Uxmal se observa que las piedras no están colocadas horizontalmente, sino que están aproximadamente en ángulos rectos con la línea del arco; de manera que los mayas llegaron á conocer el principio en que reposa la construcción del arco. En algunos casos la bóveda se cerraba sin la piedra que de clave le servía. Generalmente el arco ó la bóveda tenían una anchura de seis á



Kabáh. — Salón abovedado

diez piés y á veces llegaba á veinte. Los mayas cortaban las piedras de modo que formase el arco ó bóveda una superficie lisa; pero los palencanos no tenían ese cuidado.

Uxmal nos presenta un ejemplar magnífico de un salón abovedado. Las paredes están formadas de grandes piedras labradas á escuadra y colocadas en hileras, cuidando que las junturas de las superiores no correspondan á las de las inferiores, sino á su centro. Siguen las hileras hasta lo alto ó más de las puertas y encima hay una cornisa que rodea la habitación: de esa cornisa parte la bóveda en las dos paredes opuestas, formándose con hileras de piedras labradas, y las cubre una gran línea de piedras mayores que le forman la clave. Las paredes laterales se cubren continuándolas de modo que cierren la bóveda. Kabáh nos da también una muestra de bóveda semejante; pero sobre todo un ejemplar magnífico de un arco aislado. La bóveda se encuentra en uno de los palacios y es semejante á la de Uxmal; está en un departamento compuesto de dos salas, la

segunda más alta que la primera; así es que en la puerta de comunicación hay una grada, curiosa por su forma artística como por la ornamentación de sus lados, que puede decirse que continúa en el muro debajo de la puerta. Otras dos puertas más pequeñas conducen á otros departamentos, también de dos piezas cada uno; pero esas puertas no tienen escalones, y su único adorno por la parte interior es una hilera de pequeños pilares de dos piés de altura, que debajo de ellas corre por todo lo largo de la pieza.

Más notable es el arco referido. Levántase sobre una pirámide arruinada, sin conexión con otra obra. Tiene catorce piés de luz y se compone de dos pilastras de piedras cortadas á escuadra; tienen encima sus cornisas y de ellas parte el arco destruído ya en su centro. Impone en el ánimo esa solitaria grandeza. Tal monumento no es ni fortaleza ni templo. Stephens lo compara con el arco de Tito. Fué sin duda levantado en conmemoración de una gran victoria. El pueblo maya llegaba á la grandeza de los grandes imperios militares y quería eternizar su gloria en un arco de triunfo.

La bóveda es punto en que insisten los que sostienen que la civilización maya es derivada de la egipcia. Citan á propósito la entrada de la gran pirámide de Gizeh, formada bajo el mismo principio, aunque sin la

Arco triunfal

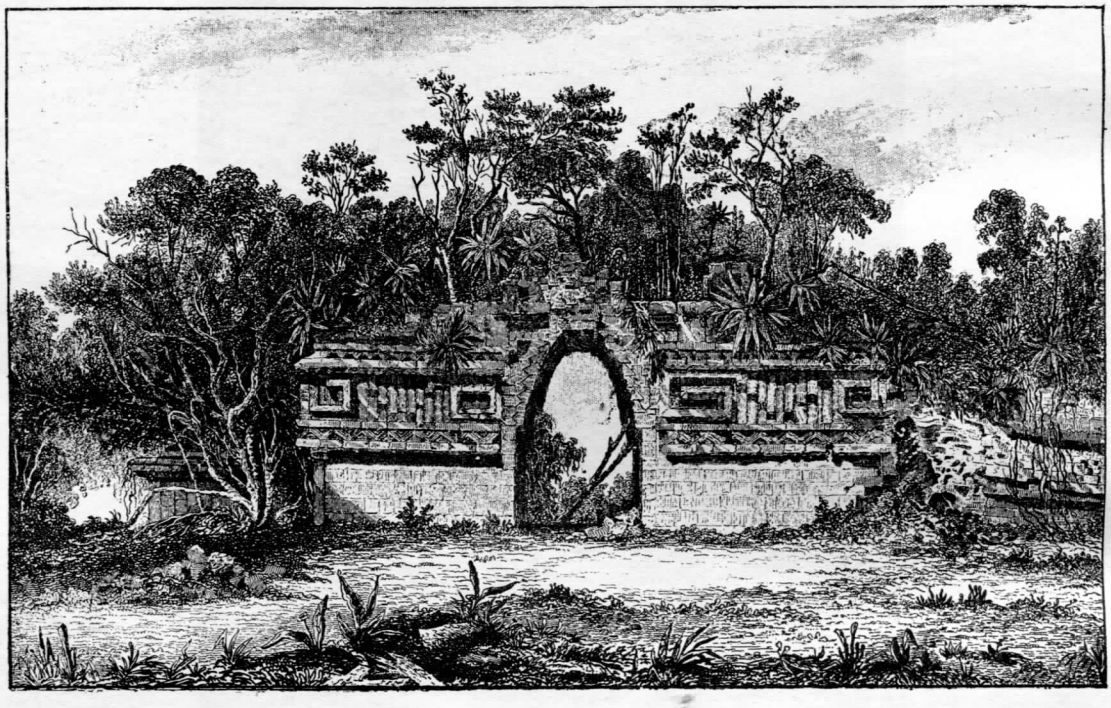
piedra que sirve de clave. Se habla del arco de Saggara levantado en tiempo del segundo Psamético, seiscientos años antes de nuestra era. Se cree que estaba abovedado el pabellón de Ramsés III en Medinet Habu, y se usó la bóveda en las tumbas desde el año de 1540, también antes de nuestra era. Pero estas son semejanzas como las de las pirámides, no identidad ni prueba de descendencia; pues las egipcias, con una sola excepción, no se componen de varios cuerpos, son de lados iguales y sus líneas rectas; mientras que las nuestras toman todas las formas y en ningún caso terminan en punta. Las semejanzas podrán dar idea de un germen común; las diferencias esenciales acreditan desarrollos aislados. Además, las fechas citadas pertenecen á épocas en que no pudo haber comunicación y en que habría quedado alguna tradición en caso contrario.

Sí se han encontrado en un *mound* del Ohio dos piezas circulares con las paredes formadas de trozos de madera y el techo con piedras sobrepuestas hasta unirse en un punto. Esto es no sólo un nuevo dato del origen de aquellos pueblos, sino que nos muestra el principio de la bóveda maya.

Pero al tratar del palacio de Tihóo, hemos hablado de dos puertas paralelas y abovedadas que en él había. Tenemos un ejemplar notable de esas construcciones en Labnáh. Es la puerta ó pórtico de un edificio de piedra ricamente adornado de hermosas grecas y cubierto ya por un bosque secular. La entrada tiene diez piés de ancho y da á un gran patio á que caen las puertas del edificio menos dos que dan á los dos lados interiores del pórtico; cada una de éstas tiene doce piés de altura. La construcción del arco ó bóveda es igual á las que se han descrito; solamente que las piedras de en medio ó claves son más anchas de lo común, de modo que el arco queda más abierto de arriba.

Con lo que hasta aquí hemos dicho, podemos for-

marnos ya una idea de los conocimientos arquitectónicos de los mayas. ¿Era entre ellos la arquitectura una ciencia ó sólo un conjunto de conocimientos prácticos que corresponden aún en los pueblos bárbaros á la necesidad que sienten de cubrirse y abrigarse de la intemperie? Sin necesidad de agregar nada á lo que hemos dicho, aunque todo lo iremos confirmando ampliamente más adelante, podemos afirmar que para los mayas era la arquitectura ciencia y una ciencia muy adelantada. Concebían grandiosos edificios y sujetaban su construcción á un plan determinado y que de antemano formaban, como lo indica el del palacio de Tihóo y otros muchos que en lo sucesivo tendremos ocasión de examinar. En esos planos se ve un mismo sistema, no hay nada dejado al acaso: se nota siempre armonía en el plan, notable simetría en toda la construcción, una regla constante en las relaciones de longitud y altura y bases comunes de gusto estético. El ángulo recto y la línea recta dominan, y la rica ornamentación destruye la monotonía. Todo demuestra no sólo el conocimiento de la arquitectura, sino el de las ciencias y artes, sus auxiliares, como la geometría, la resistencia de los materiales, la mecánica, el dibujo lineal, etc. Sin ellas ¿cómo labrar de antemano las piedras que han de formar la bóveda? ¿cómo trazar ésta con tal perfección y belleza? ¿cómo darle la fuerza para que haya podido



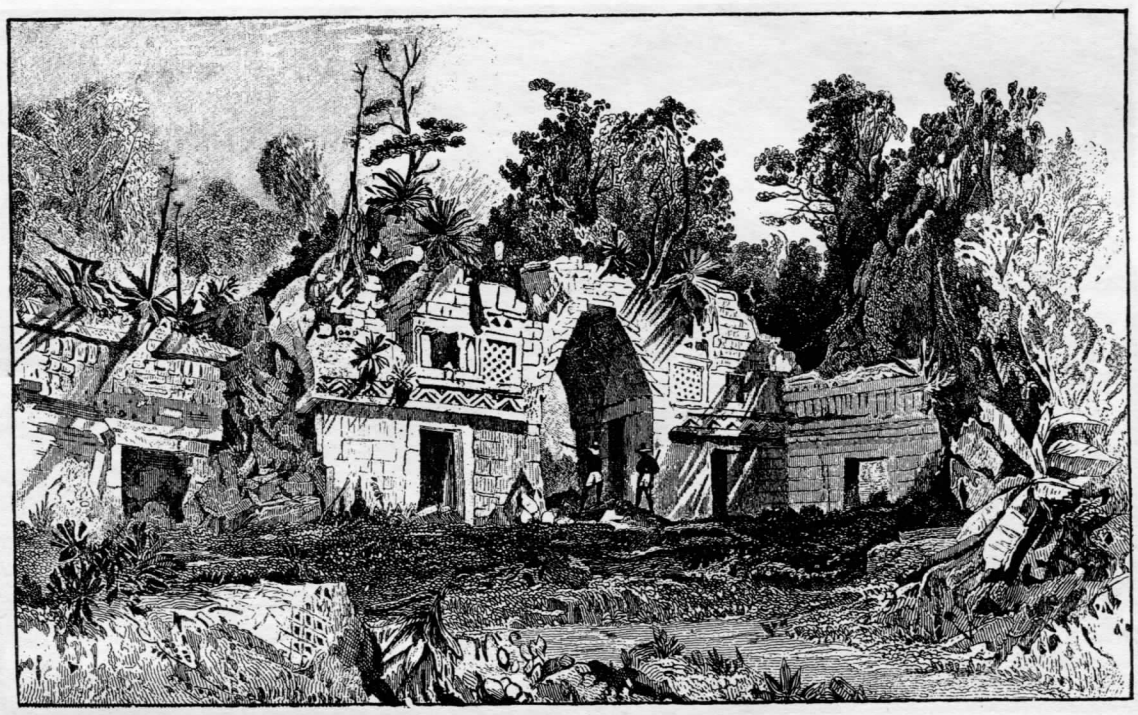
Pórtico de Labnáh

despreciar el transcurso de los siglos que sobre ella han azotado sus alas destructoras?

No hay duda, los mayas conocían esas ciencias, y esto es dato preciosísimo del adelanto de su civilización. Los pueblos pobres y poco adelantados no levantan monumentos; según van avanzando en riqueza y en poder, sus construcciones son más duraderas; llegan á altísimo lugar en la historia, y cuando desaparecen dejan las ruinas de sus grandes ciudades como única muestra de su grandeza. Nínive y Babilonia nos recuerdan su gran cultura con sus hermosos restos; sabemos que el Egipto fué un gran imperio con sólo ver sus pirámides, y atestiguan la grandeza de Roma el foro destrozado, la columna trajana y el admirable Panteón. En las naciones modernas, cuando por los azares de la fortuna ó por el desarrollo de sus propios elementos van aumentando en poderío, lo primero que buscan es hacer de sus metrópolis un conjunto de admirables edificios: de tal suerte, que viendo los monumentos de una ciudad puede calcularse inmediatamente la grandeza del país á que pertenece. París revela á la poderosa Francia, como Londres á la suntuosa Inglaterra y Nueva York á los riquísimos Estados Unidos. Así es que cuando contemplamos los innumerables monumentos de la península maya, no sólo templos debidos al fanatismo religioso, sino lujosísimos palacios, columnatas y pórticos, no podemos menos de comprender que allí vivió un gran pueblo, tan grande como los grandes pueblos sincrónicos del Viejo Mundo, tan rico y poderoso como ellos, con una civilización tan adelantada como la suya y correspondiendo como la de aquellos al medio y á la época en que se desarrollaba. Esto es evidente, pese á ciertos escritores, entre ellos algunos mexicanos ignorantes, que niegan que hubo civilización porque no lo saben.

Bastaría para comprenderlo contemplar la pirámide de Silan y ver cómo los mayas pudieron luchar con la naturaleza y como ella hacer montañas.

Desde luego é involuntariamente viene la comparación entre la civilización del sur y la del norte, entre los mayas y los nahoas. Pueblos agricultores ambos, organizáronse de diferente manera, porque el lazo de los nahoas era la familia y el de los mayas la religión, y más que ésta el sacerdocio. Como las creencias nahoas se reducían á la adoración y contemplación de los astros, principalmente del sol y de la estrella de la tarde, la falta de culto hacía innecesario al sacerdote, y bastaba para desempeñar este puesto el padre de la familia. Esto traía como consecuencia natural la vida en común, la casa grande, y el laborío también en común de los campos. La necesidad de rechazar el peligro que á todos alcanzaba pudo producir la alianza de varias casas grandes, liga que se ataba ó deshacía según que aquel peligro tomaba mayores ó menores proporciones. Necesitóse el transcurso de centenares de años, un desarrollo relativo del culto en la región tolteca y que apremiase el peligro común, para la fundación de ciudades como Huehuetlapállan, en donde parece descubrirse el resorte religioso y cierta organización civil. Como la de las casas grandes pudo existir la alianza pasajera de las ciudades, pero



Interior del pórtico de Labnáh

nada de esto hubo de constituir una verdadera nacionalidad.

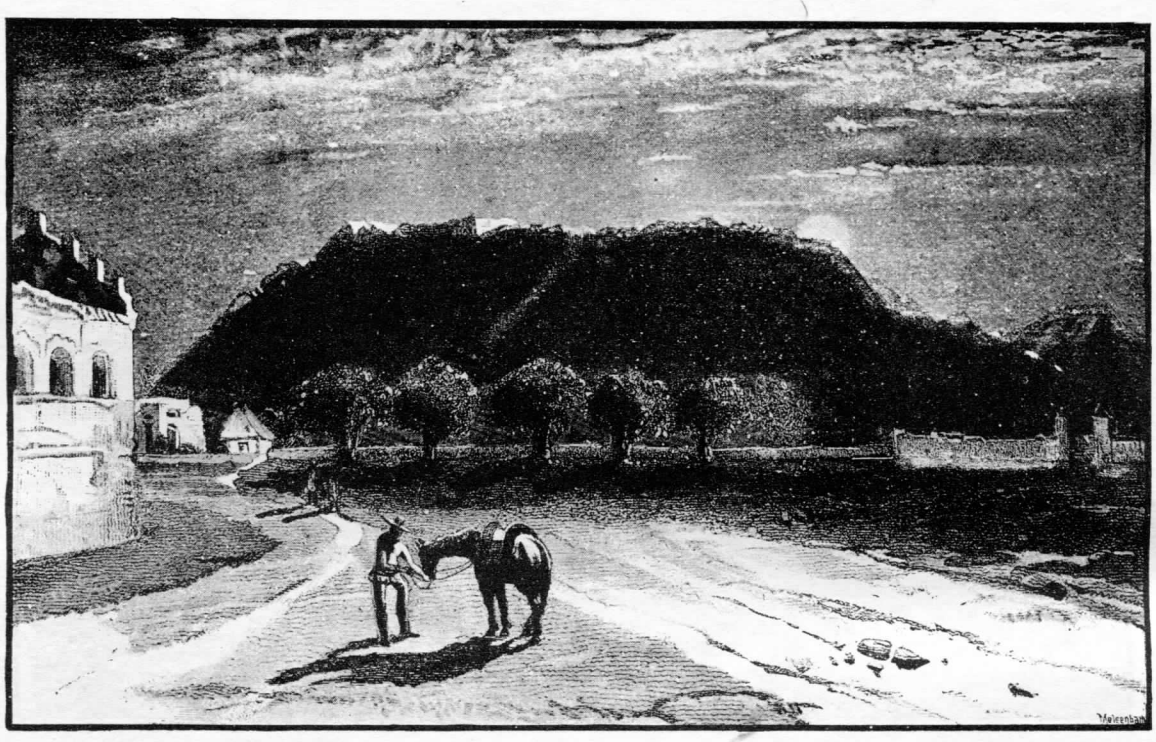
Por el contrario, los mayas llegaron ya con una religión y un culto, tenían un jefe natural, el sacerdote; un lazo de unión, el templo. Al extenderse en el territorio no variaban sus circunstancias sociales: tenían mayor espacio para que se adorasen sus dioses, y naturalmente los sacerdotes que los representaban adquirían mayor dominio. Esto tenía que producir dos resultados desde el principio: la organización civil dimanando de la teocrática y confundiéndose con ella, y la idea inmediata de formar una nacionalidad.

Por eso observamos que, á pesar del transcurso de treinta siglos, los nahoas fueron una raza pero no una nación: mientras que los mayas en mucho menor tiempo constituyeron una teocracia que abrazaba su península. Bajo este aspecto los mayas eran más adelantados que los nahoas, y tenían más aptitudes sociales que éstos. Siempre será superior la ciudad á la vida en tribu, la propiedad al comunismo y la organización civil al patriarcado.

La organización civil traía consigo mayor bienestar material, más desarrollo de las ciencias y las artes, el poder y la civilización. Compárense las construcciones nahoas con las mayas y la diferencia es sorprendente. En las primeras no se usa más que tierra, y rara vez la piedra para ventanas; los techos son de vigas, y no hay en ellas fachadas ni ornamentos de ninguna especie; acusan un pueblo de costumbres primitivas, que en sus edificios sólo atiende á sus necesidades materiales, y que desconoce el gusto y con más razón el lujo. En contraposición, los mayas levantan pirámides, templos magníficos, palacios suntuosos de piedra ricamente labrada, su ornamentación es espléndida, usan la bóveda y las

columnatas y en todo revelan gran poder material, riqueza pública, desarrollo de cultura, gusto notable y característico y refinamiento en sus costumbres.

Pero toda medalla tiene su reverso, y esos mismos monumentos nos están indicando un pueblo esclavo y desgraciado, en oposición á los nahoas, laboriosos, honrados y felices por el trabajo y la libertad. El maya estaba enervado en el lujo y las comodidades; el nahoa fortalecía su cuerpo en las cacerías y en los ejercicios guerreros, y era, por consiguiente, superior en su desarrollo físico. Otro mal enervaba á los mayas, su religión y su fanatismo. Adoradores de los animales y después de hombres deificados, no podían levantar su espíritu, y de aquí que redujeran su religión á las suntuosidades del culto. Desde que el culto triunfa de la creencia, el sacerdote se sobrepone al dios, y nacen los extravíos del alma, el fanatismo y las supersticiones. Ya no hay más comunicación entre el hombre y la divinidad que por mediación del sacerdote, y este mismo se entrega á cábalas y supercherías. Indica el fanatismo y la perturbación de ideas religiosas el nombre que se daba á los sacerdotes: los llamaban *ahkin*, palabra que se deriva del verbo *kinyah*, que significa sortear ó echar suertes, porque los sacerdotes las echaban en sus sacrificios cuando querían saber ó declarar cosas que se les preguntaba.



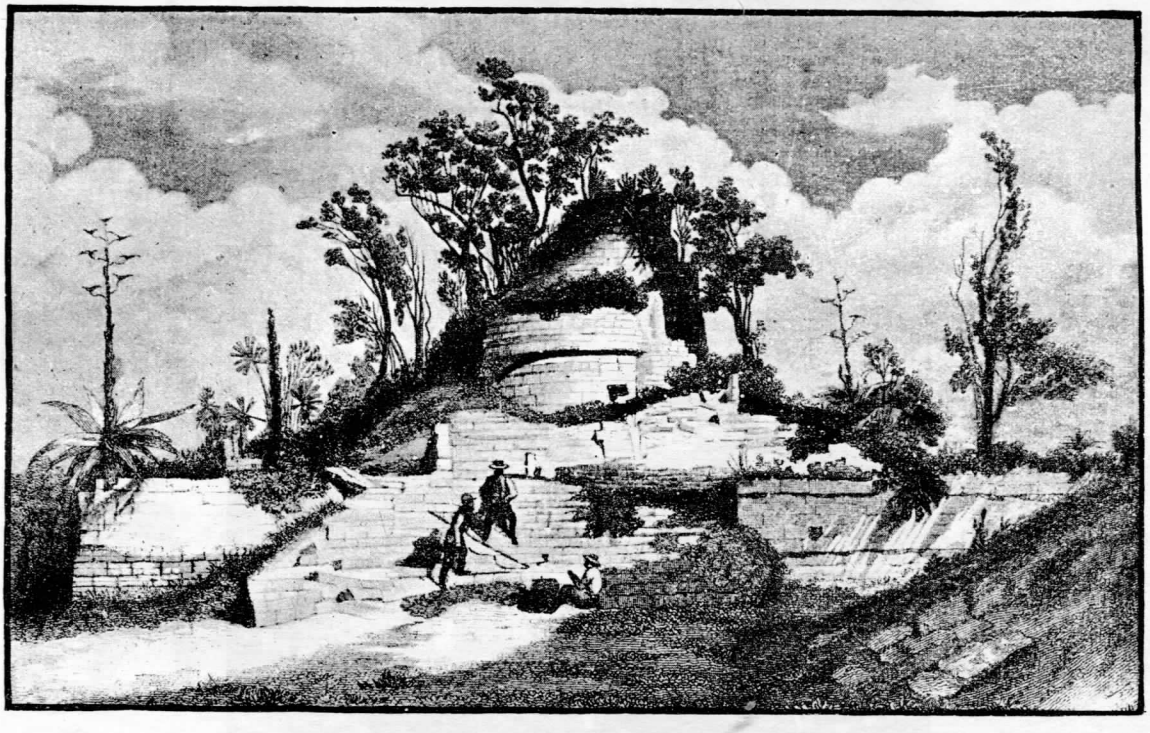
Ruinas de la pirámide de Silan

Así habían llegado los mayas en materia religiosa al último grado de estupidez moral; á sustituir el acaso y el capricho de la suerte, combinado con los embaucamientos de sus sacerdotes, á las leyes sabias de la Naturaleza, que son la manifestación más espléndida de la voluntad divina. Los nahoas, por el contrario, tenían el templo en el hogar; el padre de la familia era el sacerdote y su culto la plegaria, y así estaban libres de engaños y supersticiones. Aun después, cuando la religión fué tomando forma propia, como consistía en la adoración de los principales astros, la contemplación de éstos era la oración del pueblo; su estudio el primer empleo de los sacerdotes, que de esa manera se hicieron astrónomos notables, crearon la cronología, base de la historia, y formaron las sorprendentes combinaciones de su admirable calendario. Mientras los pueblos no llegan á la creencia de la idea, la más hermosa de las religiones es el culto de los astros. En esto, como en todo, la ley del progreso marca á cada época su tipo de perfección, y en los pueblos antiguos el sabeismo fué ese tipo. Lo que más podía aproximarse á la adoración de la divinidad era la admiración de sus obras más esplendentes. ¿Y qué había de asombrar más el ánimo de aquellos pueblos sencillos, que el globo de fuego del astro del día hundiéndose en las nubes de púrpura del poniente, la blanca luna acariciando con su poética luz á la noche silenciosa, y la misteriosa estrella, que unas veces parece chispa de oro que el sol dejó olvidada en el crepúsculo de la tarde, y otras diamante regio engarzado en la diadema de nácar de la aurora?

La superioridad de la religión de los nahoas sobre el culto de los mayas se comprende con una sola

consideración: éstos tenían sus dioses en la tierra; las deidades de aquéllos estaban en el firmamento. Sin duda que los mayas poseían más aptitudes sociales y alcanzaron mayor grado de civilización; pero los nahoas eran más sanos de cuerpo y espíritu. El porvenir pertenecía á la raza nahoa. Mas no precipitemos los acontecimientos, y dando de mano á esta digresión, que nos pareció oportuna, continuemos nuestro estudio sobre los monumentos.

Después de la columna y de la bóveda, ocupémonos de la torre. Recordemos que Landa da cuenta de una torre redonda que había en el palacio de Tihóo. Existe aún en regular estado una de estas construcciones en Chichén. Se le conoce con el nombre de Caracol, y está sobre una pirámide de dos terrados ó pisos. El primero mide de norte á sur doscientos veintitres piés por frente, y de oriente á poniente ciento cincuenta por lado. Se sube á su plataforma por una escalera de veinte escalones y cuarenta y cinco piés de anchura, la que tiene á ambos lados una especie de balaustre formado por los cuerpos gigantescos de dos culebras entrelazadas, de tres piés de ancho. La plataforma del segundo cuerpo mide ochenta piés de frente y cincuenta y cinco de lado, y se llega á ella por otra escalera de diez y seis escalones de cuarenta y dos piés de ancho. En la plataforma, á quince piés del último escalón, está



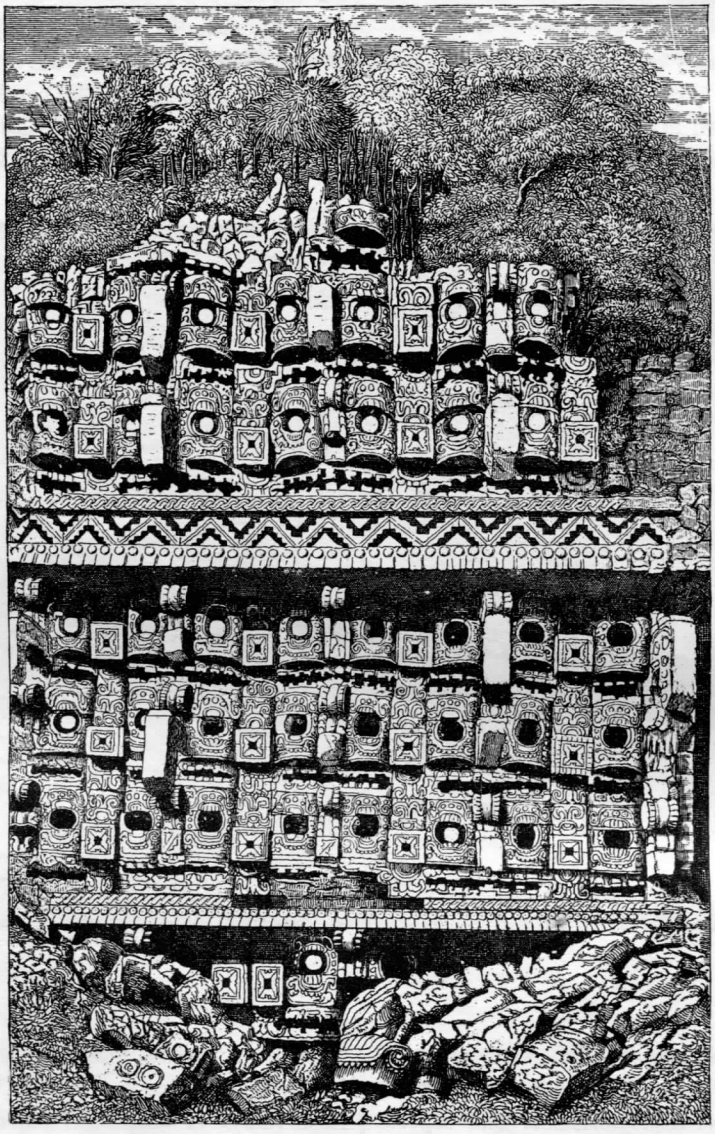
Chichén. — El Caracol

la torre. Tiene veintidos piés de diámetro, y cuatro puertas en dirección de los cuatro puntos cardinales. Sobre la cornisa se eleva el techo formando una especie de cono. Su altura, incluyendo la pirámide, es de sesenta piés. Las puertas dan entrada á un corredor circular de cinco piés de anchura. El muro interior tiene también cuatro puertas, más pequeñas que las otras, en dirección del noreste, noroeste, sudeste y sudoeste. Estas dan paso á un segundo corredor circular de cuatro piés de ancho, y en el centro hay una masa de piedra, también circular, de siete piés seis pulgadas de diámetro. Las paredes de ambos corredores estaban aplanadas y cubiertas de pinturas, y los dos tenían bóvedas triangulares.

Complemento de las construcciones es la ornamentación, y ya hemos indicado que en esto progresaron mucho los mayas. Consistía ya en pinturas, ya en ornatos de estuco, ya en el labrado de las piedras. Reservamos el ocuparnos extensamente de este punto en la parte histórica, con la que cuadra más, y solamente diremos que la ornamentación maya tiene un estilo bizarro y especial que jamás puede confundirse; las líneas más caprichosas, las figuras más fantásticas, las combinaciones más inesperadas, todo forma un carácter determinado, todo descubre una imaginación tropical y un gusto refinado. Cada piedra de algunos monumentos era un trabajo escultural, y las paredes formadas de esas piedras eran como un gran mosaico que presenta un aspecto fantástico y sorprendente, como sucede con los muros de los palacios de Kabáh.

Es lógico que los mayas de ahí pasaran á la estatuaria, á la verdadera escultura, pues ya no hay más

que un paso. Así nos lo muestra alguna estatua sacada de entre las ruinas; pero en lo general no se encuentran porque las destruyó el celo religioso de los primeros misioneros. Para hallar las obras esculturales hay que ir hasta los confines de la región maya, adonde no alcanzó con toda su fuerza la nueva propaganda religiosa y con ella la destrucción; hay que llegar al fin de la península, á las ruinas de Quirigua y de Copán. Esto nos demuestra que por toda ella se extendió la civilización maya, y no podemos dudarlo, por el mismo carácter de esas ruinas y por la terminación de Copán; pues *pan* es voz maya que significa bandera, y como



Kabáh. — Muro esculpido

terminación de un nombre de ciudad expresa un centro militar ó de gobierno. De ese monosílabo hicieron los nahoas su *pantli;* pero se nota que los nombres de sus primitivas ciudades no tenían la terminación *pan,* mientras que abunda en los de los pueblos de la región del sur.

Quirigua nos da un monolito importantísimo Encuéntranse en esas ruinas diversas piedras grabadas ó esculpidas en bajo-relieve, fragmentos de estatuas y pirámides. Una pirámide tiene veinticinco piés de altura, se sube á ella por una escalera cuyos peldaños están en regular estado, y se baja por otra escalera del lado opuesto. Cerca de ella hay una cabeza colosal de unos seis piés de diámetro. Pero lo más notable son los monolitos labrados, semejantes á los obeliscos, aunque no terminan en punta. Su altura es de ocho á diez metros. Tienen figuras humanas en los lados principales y jeroglíficos en los otros dos. Uno se conserva en perfecto estado, aunque inclinado ligeramente. Mide veintitres piés la parte que está fuera de la tierra,

cinco en los lados principales y dos en los otros, y está rodeado por una base á distancia de quince piés. En el frente y en la espalda tiene figuras humanas de bajo-relieve. Su dibujo, sus proporciones y adornos y su

Monolito de Quirigua

disposición hacen que digamos que no son inferiores á las más bellas de los egipcios.

¿Pero solamente en esa lejana localidad pudo llegar la escultura á tal perfección? ¿solamente ahí habían de levantar los mayas obeliscos á sus dioses ó á sus héroes? ¿no era natural que principalmente existiesen en el centro de su territorio, en el núcleo de su civilización? Así debemos creerlo, explicando su desaparición por el huracán de devastaciones de un celo religioso mal empleado.

Podemos, pues, decir, que si los mayas fueron grandes arquitectos, también fueron notables escultores; y como la escultura expresa ya el refinamiento de las bellas artes, y acaso es la más difícil de ellas, tenemos otro dato para apreciar la gran cultura de los mayas. Agreguemos todos los conocimientos accesorios que revela el monolito: los esfuerzos para cortar una piedra tan grande y arrancarla del seno de la montaña, la suma de trabajo necesaria para conducirla al lugar en que había de levantarse el monumento, la ciencia indispensable para labrarlo con tanta belleza y con instrumentos de piedra, pues no se conocía el uso del hierro, y después los aparatos mecánicos de gran perfección que hubieron de usar para ponerlo en pié, y no sabemos qué sorprende más, si el conjunto de esfuerzos que representa ó la manifestación que hay en él de lo que alcanza el poder humano.

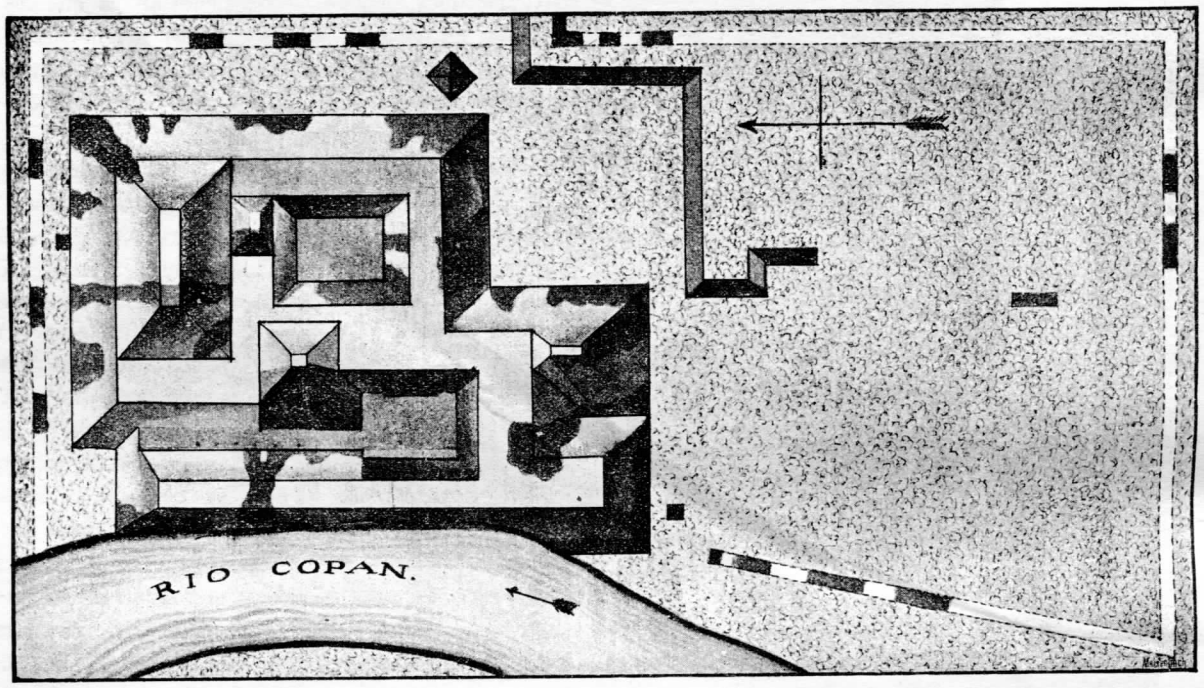
En Copán, más al sur de Quirigua y límite en ese rumbo del gobierno maya, la escultura alcanza más perfección, y nos pone de manifiesto el alto relieve en sus admirables monolitos. De menos altura que los de Quirigua, no tomando nunca la forma del obelisco, son grandes piedras, tan preciosamente esculpidas, que casi osamos decir que superan á las más bellas de todos los pueblos anteriores á los helenos.

Merece esa ciudad que demos, aun cuando ligeramente, una idea de ella. Estando en la frontera del territorio maya, era una verdadera fortaleza que lo guardaba por el sur y que servía para contener las irrupciones que por ese rumbo pudieran hacer tribus salvajes ó naciones enemigas. Apóyase esta plaza fuerte en el río, que también se llama Copán, en una extensión de más de dos millas. Por la ribera opuesta y á distancia de una milla, se eleva una fortaleza sobre una montaña que tiene dos mil piés de altura, y que era á no dudar el punto avanzado de la ciudad fortificada. Existen restos de la muralla que á ésta cubría, la cual era de piedras cortadas, de tres á seis piés de largo y de uno y medio de espesor: muro poderoso, si se tienen en cuenta las armas ofensivas de entonces. Verdaderamente la fortificación es un recinto cerrado de forma oblonga. La muralla del frente sigue el río en línea recta de norte á sur en una extensión de seiscientos veinticuatro piés, y tiene de sesenta á noventa de altura. En varios lugares le ha abierto brechas el tiempo, por lo que los naturales las llaman las ventanas. Los otros tres lados consisten en hileras de escalones y pirámides de treinta á ciento cuarenta piés de altura. Toda la línea de circunvalación es de dos mil ochocientos sesenta y seis piés. La gran cantidad de pirámides y otras obras defensivas reunidas en este recinto prueban que Copán era una de aquellas ciudades-fortalezas que los pueblos guerreros y poderosos levantan en sus fronteras ó pasos para detener la marcha de cualquiera invasión, como el Sebastopol de los rusos en la Crimea y el cordón de fuertes del oriente de Francia. La sola existencia de Copán acusa no sólo un gran poder guerrero sino su organización perfecta, lo que es otra muestra de que un pueblo ha conseguido una cultura superior, fuerza y riqueza.

En el recinto fortificado no hay ruinas de templos

ni de palacios; pero hay buena cantidad de monolitos labrados, como si hubiesen querido los mayas confiar la defensa de su gran ciudadela, á más de su valor, á la protección de sus dioses.

A veces tememos ser supérfluos, otras sentimos no extendernos bastante en la descripción de monumentos tan prodigiosos: nos parece que no tomamos en cuenta todas las cifras que nos han de revelar los arcanos de aquel oscuro pasado. Copán tiene para nosotros un interés especial; libre por su alejamiento de las devastaciones en masa, nos conserva tipos que no hallamos en otra parte, cifras preciosas para nuestros cálculos. Hasta ahora las ruinas que hemos estudiado nos han aclarado varios puntos de que no se hace mención en las historias. Sabemos ya que en una época muy remota, tal vez dos mil quinientos años antes de nuestra era, se establecieron los mayas en terramares á lo largo de la costa superior de la península, travendo ya una organización teocrática bajo el mando de sus sacerdotes. Su religión era el culto de los animales. Al extenderse en el territorio por sus aptitudes sociales construyeron ciudades, y desde entonces formaron pirámides por base de sus templos y fortalezas y más tarde de sus palacios; primero de tierra, luego de piedras amontonadas unidas con tierra y cubiertas de estuco, y al fin de cantera labrada á escuadra. Naturalmente, las



Plano de las fortificaciones de Copán

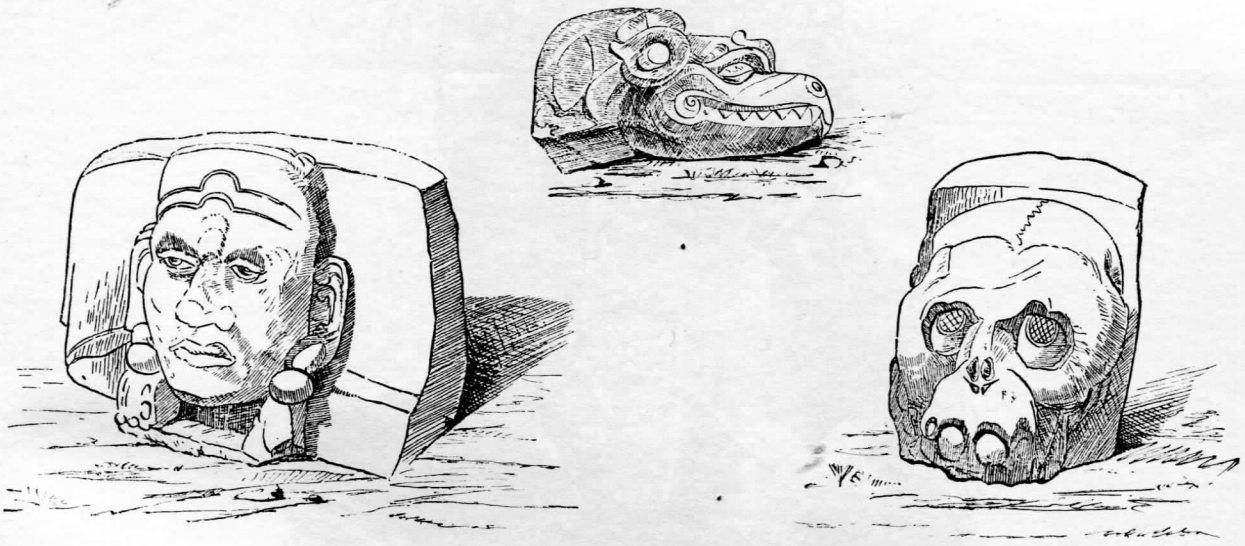
primeras ciudades se construyeron no lejos de la costa, en la línea formada por Izamal, Aké y Tihóo. La ciudad trajo la organización civil, el sacerdote se tornó gobernante y nació la teocracia. Siendo su dios principal Zamná, el supremo sacerdote y jefe del Estado tomaba siempre su nombre. Esto supone la creación de una jerarquía que no conocemos, pero que ha debido existir. La extensión en el territorio y la necesidad de conservar el ya adquirido, dieron nacimiento al poder guerrero que quedó al servicio de la teocracia. El pueblo vencido era el pueblo siervo y tenía que sostener á los sacerdotes y el culto de los templos, al poder guerrero y todas las cargas del Estado, prestando además los millares de sus brazos á la construcción de los colosales monumentos. Para tener sujeto al pueblo en el cumplimiento de tales deberes, que era el resorte vital de aquella sociedad, se formó una organización militar, cuyo jefe era el Humpictok; de las pirámides se hicieron fortalezas y se levantaron plazas fuertes que servían al mismo tiempo de respeto á los enemigos extraños. Ligaba también al pueblo en esa servidumbre el fanatismo religioso significado principalmente por las suntuosidades de un gran culto.

No creemos exagerar si á aquellas primeras ciudades les damos una antigüedad de mil años antes de nuestra era. La conquista fué extendiendo el imperio teocrático de los mayas y el progreso natural fué desarrollando en él las artes y las ciencias, aumentando las comodidades hasta llegar al lujo, el bienestar hasta la riqueza y la grandeza hasta levantar esos monumentos dignos de admiración. Comenzando por las pilastras ciclópeas de Aké, llegamos hasta las columnatas de Chichén, y nos sorprenden la bóveda de Uxmal, el arco de triunfo de Kabáh, las torres y los palacios, la

gran ciencia arquitectónica de los mayas, su conocimiento profundo de la geometría y la mecánica, de la resistencia de los materiales y del labrado de las piedras, su fortaleza de Copán y su ornamentación y esculturas.

Copán. — Escultura ornamental

Éstas, ya lo hemos dicho, alcanzan su mayor perfección en Copán. Muestras de ellas nos sobran; escogeremos las principales ya en su carácter de ornamentación, ya en el propio de esculturas. En una de las colosales pirámides ya en ruina, como á la mitad de su altura, hay una hilera de calaveras de proporciones gigantescas. Stephens las cree de mono y no de hombre; nosotros dudamos por las formas fantásticas que los mayas daban á sus figuras. Posible es que fuesen de algún otro animal y así parecen indicarlo sus grandes dientes, y corresponderían entonces á su religión zoolátrica. Hay que agregar que entre las ruinas encontró Stephens un cuerpo sin cabeza, de seis piés de altura, que tenía la apariencia de un mono, semejante á los cuatro monstruosos animales que estaban unidos á la base del obelisco de Luqsor, y que bajo el nombre de cinocéfalos eran adorados en Tebas. De todas maneras, lo que debe llamarnos la atención son



Esculturas de Copán

las cualidades esculturales de esas enormes calaveras. Lo primero que notamos es el dibujo: no hay líneas rectas formando extremidades angulosas; son curvas perfectamente determinadas y planos amplios y bien comprendidos que dan una figura precisa. Bien marcadas están las junturas del cráneo y revelan conocimientos anatómicos. Sorprende que las calaveras tengan ojos; las bolas están bien hechas y las pupilas marcadas; pero hay en ellos una expresión que podríamos llamar de mirada muerta.

Pertenece también á la escultura ornamental una cabeza que parece salir de la boca de una serpiente ú otro animal fantástico. Creyóla el descubridor retrato de algún rey ó personaje histórico; hay en ella gran perfección de líneas y conocimiento de los planos del rostro humano; pero lo que más admira es su expresión de tristeza y melancolía, buscada muy bien por el artista con los ojos á medio cerrar y por la disposición

Copan. — Piés con sandalias

de la boca: esto da á esa cabeza verdadero carácter, que es la suma perfección y la mayor dificultad de la escultura.

Como esta cabeza, se encuentra en las ruinas otra también de ojos pequeños, labios gruesos y nariz abultada; la vida que revela en su fisonomía de aspecto severo es sorprendente. En dos cosas nos hace pensar esa figura: en su semejanza con las caras de las esfinges del Egipto y en que es la muestra del tipo de la raza. Clara se ve la mezcla de sangre negra; la frente espaciosa es señal de inteligencia; la mirada profunda expresa juicio y sabiduría; la nariz ancha pasiones vehementes, y la boca energía y tenacidad. Se percibe una raza con todas las cualidades necesarias para imponerse.

Monolito de Copán

No pasaremos en silencio una soberbia cabeza de cocodrilo que recuerda el culto de los dioses-animales, y que aun cuando tiene algunas líneas fantásticas, siempre de buen gusto estético, reproduce perfectamente la cara y la expresión de ferocidad del anfibio con su gran mandíbula de dientes triangulares.

Aunque las obras descritas son de ornamentación, puede decirse que pertenecen ya á la estatuaria. Bastaría, para conocer la perfección que en ésta alcanzaron los mayas, un solo fragmento de los piés de una figura y sus sandalias. Están tan bien comprendidos, dibujados y ejecutados de tal manera, que podemos decir que fueron los mayas escultores notabilísimos.

Mas donde van á pasmarnos es en sus monolitos esculpidos en alto relieve. Por su ornamentación verdaderamente extraordinaria damos la preferencia á una gran piedra labrada de unos cuatro metros de altura, metro y medio de frente y uno de fondo. Debajo de

adornos complicados y de primorosa combinación, se ve una cara bien esculpida y de bellas proporciones, que tiene por tocado una cabeza de culebra; cuelga de su cuello preciosa gargantilla y tiene las manos vueltas hacia arriba sobre el pecho; á la cintura ostenta una faja lujosa con tres cabezas perfectamente dibujadas, de la cual pende el *maxtli* ó *ex*. Este monolito, como los otros, tiene otra figura al lado opuesto y en las caras de los lados jeroglíficos calculeiformes. Estas grandes piedras, así como todas las construcciones de Copán, estaban pintadas de rojo, lo que debía dar un aspecto fantástico á la ciudad.

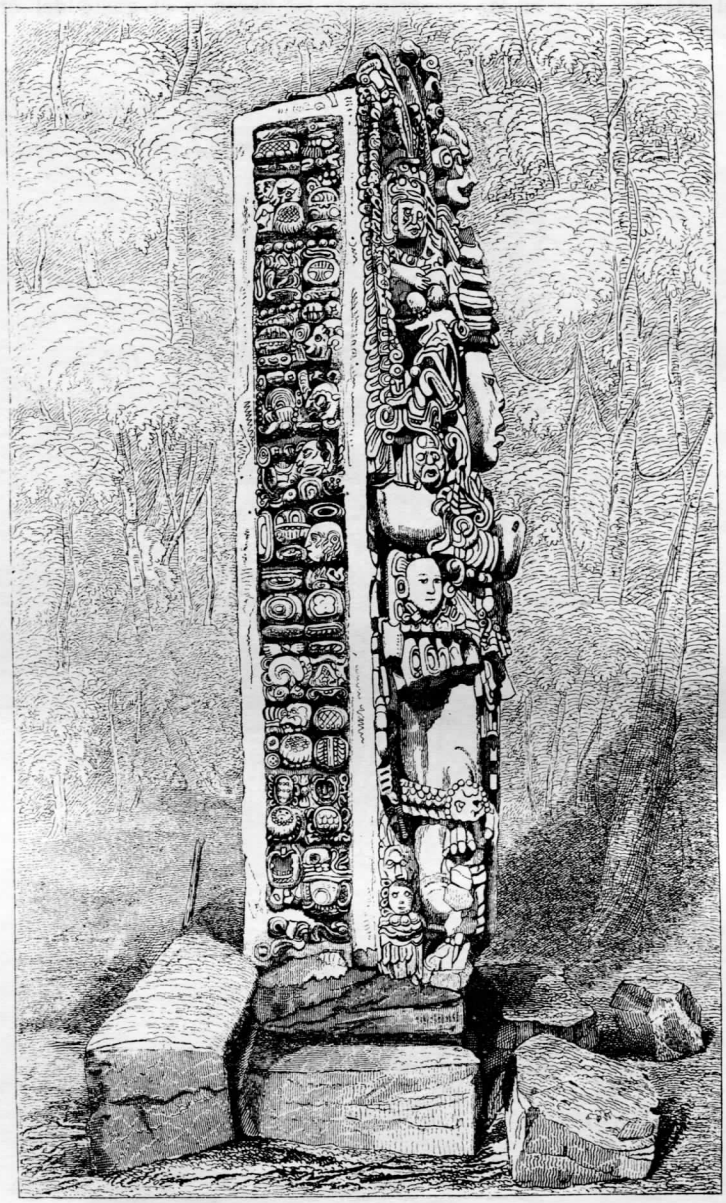
Sírvenos esta escultura, no sólo para apreciar el gran adelanto que en ese bellísimo arte alcanzaron los mayas, pues lo perfecto del alto relieve, el dibujo, la seguridad de las líneas y el gusto del ornato complicadísimo así

Copán. — Escultura de mujer

lo atestiguan, sino que también nos proporciona datos sobre su manera de vestir. No era creible que un pueblo que tanta esplendidez desplegaba en sus construcciones no la tuviese igual en sus trajes, y estas estatuas nos lo manifiestan, así como la profusión de dijes y adornos usados por los mayas. Nos presentan ricos tocados, pendientes, collares de gruesas cuentas con medallones, brazaletes exquisitos, grandes cintas de variadas labores para el cinto y el *ex* característico que de ellas caía vistosamente por el frente del cuerpo y que no llevaban los nahoas.

Pero vemos el traje femenil más distintamente en otro monolito que tiene delante un altar: poco más ó menos de las mismas proporciones que el anterior, tiene en la parte de atrás únicamente una máscara de aspecto feroz en un cuadro ornamentado, jeroglíficos en la inferior y alrededor una gran orla de borlas, lo que nos manifiesta un nuevo adorno de los trajes. La figura

principal del monolito es una mujer. Su cara ancha, pero bien proporcionada, tiene gran expresión, lo que llamamos vida en una estatua. Esa forma del rostro, que se aleja del óvalo para acercarse al círculo, corresponde bien á la raza braquicéfala de los mayas, tipo que persiste en los naturales de la península. El tocado es complicadísimo y en él se advierten, entre otros muchos adornos, grandes plumas; caen de él sobre las orejas unas cintas que forman el cuadro de la cara, con lo que reveló el escultor buen gusto artístico; el collar de cuentas de que pende un medallón baja sobre una camisa con mangas que llegan hasta los codos de



Monolito visto de costado

la figura; los antebrazos están casi todos cubiertos de sartas y brazaletes y tanto ellos como las manos bien dibujados y mejor esculpidos; lleva un cinto del que penden el *maxtli* bordado y dos cintas laterales más angostas y más cortas y que figuran estar adornadas con piedras y borlas; la enagua es magnífica y termina en un gracioso olán; sobre él hay una orla de cuentas y toda ella parece bordada con cuadros de cinta con cuentas también en los extremos. Pero lo más notable y que no sabemos que se haya observado antes, es el calzado. El general de los indios, el descrito hasta hoy, era la sandalia ó *cactli* en mexicano: componíase de una ó más suelas que se sujetaban á la planta del pié por correas que, atravesando entre los dedos, se ataban en la pierna. Eran más ó menos sencillas y en ellas había también lujo: veremos que las

usaban de oro los señores de México. Pero aquí encontramos una especie de borceguí que cubre todo el pié. Podemos, pues, asentar que las damas de las altas clases de los mayas vestían y calzaban con gran lujo.

El aspecto de los monolitos vistos de costado nos presenta la estatua de completo bulto como si estuviese recargada en la piedra y nos pone de manifiesto los jeroglíficos. Así de perfil se distinguen otras de las particularidades del traje. Tomemos para esto un tercer monolito, que en nuestro concepto es la estatua de un sacerdote hablando ó predicando. Lo primero que notamos es que tiene en la cabeza una gran mitra, de la cual le bajan bandas y cintas con medallones á ambos lados de la cara. Cubre su busto una camisa con diversos adornos, medallones y borlas. En los brazos desnudos lleva ricos brazaletes. La pierna está cubierta hasta la mitad con un calzón y el escultor ha cuidado mucho de su dibujo. En las rodillas tiene elegantes abrazaderas con medallones y también calzado que le cubre todo el pié, sin que falte el suntuoso cinto y el correspondiente *maxtli*.

Ya nos vamos explicando los curiosos tocados de las figuritas de Teotihuacán, que tanto llamaron la atención del señor Orozco, al grado de atribuirlas

Copán. — Altar

á razas extrañas que en tiempos remotos debieron ocupar nuestro territorio. Nos lo confirma la semejanza de tocado de las figuras de un altar, sin duda el más notable de las ruinas. Hay en ellas varios altares; puede decirse que cada ídolo tiene el suyo, y como éstos son también monolíticos, siempre de un solo trozo de piedra. Generalmente no están muy labrados y varían de forma, acaso por las diferentes deidades á que están dedicados. El que ahora nos ocupa está cortado á escuadra y mide seis piés de lado por cuatro de altura. En la cara superior tiene una inscripción jeroglífica y en las cuatro laterales grupos de cuatro figuras cada uno en bajo-relieve; siendo de notar que todas las otras esculturas de Copán son de alto relieve. Las figuras están con las piernas cruzadas al estilo oriental; tienen el *maxtli* y la profusión de adornos, de que ya hemos hablado, como collares, brazaletes y abrazaderas en las piernas y además curiosos tocados que semejan turbantes.

Creo que hay bastantes datos para poder decir, por vía de resumen, que los mayas tuvieron una gran civilización en su época prehistórica, bajo la dilatada teocracia de los Zamná. Sin duda que algo de lo que hemos examinado pertenece á tiempos posteriores; pero como todo revela conocimientos extraños á los nahoas, claro es que no los recibieron de ellos los mayas de la época histórica, sino de sus mismos antepasados. La teocracia, apoyada en la casta guerrera que estaba á su servicio, hizo de la península un poderoso imperio que se levantó á la mayor cultura que alcanzaron los pueblos asiáticos de la antigüedad.